

AGOGLIA, Rodolfo M.: **Platón**, Buenos Aires, Enciclopedia del pensamiento esencial, Centro Editor de América Latina, 1967. 126 Pág.

Este nuevo libro de la "Enciclopedia del pensamiento esencial" presenta un breve estudio de Platón en un esquema doble, como es costumbre de esta serie. En primer lugar un comentario breve y objetivo sobre la vida, obras y, en manera especial, doctrinas fundamentales del filósofo, para luego presentar una selección de los principales temas platónicos a través de sus diálogos más importantes.

La obra se inicia con una presentación de Platón, que incluye su vida y obras. Se evalúan las razones del prestigio platónico: el alcance histórico y doctrinal de sus obras, una búsqueda filosófica en constante transformación —búsqueda que afecta aun la doctrina de las ideas— y su concreción posterior, la posibilidad de reelaboración de su pensamiento, la centralidad del hombre en su filosofía y, por último, la naturalidad y sencillez de sus obras. Una final consideración sobre la vigencia permanente de sus diálogos introduce al tema siempre apasionante de su vida para luego pasar a sus obras. Allí se destaca en manera especial la ubicación de los diálogos platónicos, basándose en la época en que fueron escritos y sus características fundamentales, y ordenándolos en tres grupos: éticos los primeros, éticos y antropológicos los de una segunda etapa, y metafísicos y políticos los últimos.

Como aspecto central de esta primera parte escoge el profesor Agoglia cinco temas a considerar: Filosofía y conocimiento, teoría de las ideas, concepción del ser, dialéctica platónica, y el mundo y el hombre. **Filosofía y conocimiento** plantea el ingreso de Platón a la filosofía como la búsqueda del ideal educativo que representa la armonía de la vida humana individual y social. Ello exige un conocimiento especial, sea para el hombre, sea para la comunidad, que ha de ser traducido en términos de conducta; que no es sino "la ascensión lenta y gradual por el mundo metafísico de las ideas o esencias, cuya más elevada jerarquía la ocupa precisamente aquel principio absoluto que es fuente de toda verdad, de toda vida y sustancia" (p. 11). Es el legado socrático que reclama el conocimiento del bien y la negación del empirismo, nominalismo, y aun de las escuelas de Aristipo y Antístenes. Aquel proceso racional realizado por vía inductiva plantea el problema de los universales. ¿Les concedía Sócrates un fundamento ontológico o no? Sea como fuere, Platón condujo el pensamiento de su maestro hasta sus consecuencias finales; así el concepto y el juicio, que determinan la posibilidad del conocimiento, reclaman referirse a una realidad y ello conduce a que todo conocimiento no sea sino un re-conocimiento. Pero ello exige un precio que implica, entre otras cosas, una desvalorización de la realidad sensi-

ble y una separación del mundo de las ideas. Las diversas formas del conocimiento se presentan en correlación con los dos grandes ámbitos del ser: la doxa, que versa sobre los objetos sensibles, y la episteme, que trata de las esencias. Entonces se plantea la errónea interpretación de la diánoia como privativa del conocimiento matemático y de la nóesis como privativa del conocimiento filosófico. Tal contraste se deduce de una falsa interpretación de un texto de la República. "Lo que el pasaje de la República quiere significar (si lo consideramos no en forma aislada, sino en conexión con otros textos platónicos) es que las matemáticas no presuponen otra función que la diánoia, pero no que la labor de ésta se limite a la deducción propia de esa ciencia" (p. 15). La incompatibilidad entre filosofía y matemáticas no es tal. El autor hace valer sus razones: tanto el pensamiento matemático como el filosófico se apoyan en la diánoia; el lugar concedido por Platón a las matemáticas; la metafísica de Platón que tiende a matematizarse hasta que la idea del Bien, en sus últimas lecciones orales, es identificada como lo Uno. ¿Qué es entonces lo que impide el conocimiento? El descenso del alma que obnubila la visión preterrena.

La teoría de las ideas se plantea destacando los caracteres permanentes de las ideas a través de la elaboración del pensamiento de Platón. Las ideas son trascendentes y sustanciales, y lo confirman el Fedro y el Parménides, respectivamente. Las ideas no son sino universalidades concretas que no surgen "del acto de pensar, sino que éste supone" (p. 19). En una extensa cita de Paul Janet se nos ilustra y hace concreta la diferencia entre género y tipo con el fin de explicar que la idea no es el género sino el tipo al que el género se refiere. Las ideas son unitarias, determinadas, idénticas y por ello arquetipos, principios en acto, existentes en sí y por sí. No son potencia, como lo creyó Aristóteles, sino acto, y de allí que carezcan de autoconciencia o subjetividad; para Platón, entonces, la subjetividad de la idea no es sino deficiencia ontológica, de allí la equivocación de Hegel. Las ideas se reflejan en el mundo sensible, siendo paradigmas de todos los entes, y ello introduce al problema de la relación entre el mundo de las ideas y el mundo natural. El problema se reduce a determinar de qué manera el ente sensible participa de las ideas. Entendida como participación literal lleva a contradicciones (como el que de la forma misma asume predicados opuestos). Como una copia permite la objeción del tercer hombre. Ni aún la idea de lo Otro (Parménides, Sofista y Timeo) soluciona el problema pues "nunca queda plenamente aclarado en qué consiste con propiedad la participación de las cosas sensibles en la Idea de lo Otro" (p. 23). Sea como fuere, los entes sensibles reflejan la idea; de otra manera la ciencia sería imposible. Las ideas forman un todo orgánico y constituyen un sistema dado por la relación dialéctica que guardan entre sí. Esto no es sino la dialéctica objetiva. Sin esa relación, ninguna de ellas tendría ser. Sus relaciones no son las de sujeto a atributo, sino estructurales y orgánicas. Pero no toda idea se relaciona con las demás, justamente esa limitación determina las relaciones y contenidos propios de cada idea, que son expresables de manera lógica en los juicios. Confirman lo dicho el Parménides y el Sofista y el propio lenguaje platónico: ouisia habla del conjunto estructurado, eidos se refiere a cada una

de las ideas y logos expresa la relación entre ellas. Por último las ideas tienen una jerarquía axiológica y la captación de ese rango constituye justamente la culminación del saber. Ateniéndose a la tradicional interpretación de la doctrina platónica se entendería que el conocimiento supremo es la episteme; pero, destaca el profesor Agogliá, sugestivos textos de la República, el Banquete, el Teeteto y las Leyes sugieren reinterpretar esta doctrina. Por la presencia de los términos frónesis, sofía y máthema llega este autor a ver en Platón un saber supremo, objetivamente considerado. Esto no sólo amplía la gnoseología platónica, sino que además aporta consecuencias realmente ilustrativas, sea en relación con la sofía, sea respecto de las funciones noética y dianoética.

En tercer lugar se nos habla de la **concepción del ser** en Platón. En una primera etapa del pensamiento platónico el ser sería el carácter genérico de la idea; pero la jerarquía atribuida a las ideas, y especialmente a una que es la suprema, le lleva a una segunda conclusión: el ser es el supra-ente que da razón de las ideas; así lo Bueno está más allá de la Ousía. Esta idea expuesta en la República es criticada en el Parménides y modificada en el Sofista, donde se considera al ser como ente total. Pero esta posición dificulta la investigación metafísica por la coincidencia entre el ser de los entes y el ente total. Se presenta entonces la enseñanza esotérica oral de la vejez, sugerida y anticipada ya en los últimos diálogos de la vejez como el Sofista y, en manera especial, el Filebo y Timeo. Cambia aquí Platón la división triple por la de Ideas comunes e Ideas matemáticas, asignando superioridad a las últimas y buscando entre ellas la suprema a la que designa como la Idea de lo Uno. Aunque el ente total es inalcanzable, el ente supremo es aprehensible y así la filosofía está justificada.

La dialéctica, por lo expresado en la República y por lo adelantado por el profesor Agogliá en este libro suyo, puede dividirse en objetiva y subjetiva; siendo la primera el proceso del conocimiento y la segunda el sistema de las esencias, movimiento y reposo. La primera etapa se identifica con la kinesis de la dialéctica, la segunda con la estásis. Se aceptan cuatro pasos para este método. El momento ascendente inferior, que posibilita la pre-visión de la idea; el momento intermediario, que supone la existencia de aquella idea pre- vista y saca de ello las consecuencias posibles; el momento ascendente superior, que permite el ascenso hacia la idea suprema; y el momento descendente, que hace posible la enunciación científica.

Finaliza esta primera parte, como ya se destacó, con el tema del **mundo y el hombre**. Aquí se destaca en manera especial al mundo como compuesto dialéctico de dos opuestos: la materia y la idea. La materia, lo sensible, sigue siendo caverna; por ello se confirma la definición del primer Alcibiades, de que el alma es la esencia del hombre. La superioridad del alma se destaca entonces en su independencia del cuerpo y en su inmortalidad; aunque cabe aclarar que las capacidades irracionales de la primera mueren también con el último. Se destaca, por último, la correlación entre su idea del hombre y del Estado, pues

“al igual, a su vez, que en la vida humana individual, de la consagración de cada sector social a su tarea específica surge, como virtud resultante, la justicia de la comunidad...” (p. 39).

La segunda parte, que sólo mencionaremos, comprende diferentes temas extraídos de los mismos diálogos platónicos: así el valor teórico de la filosofía, su función práctica, la percepción no es conocimiento, las formas de la opinión y de la ciencia, la trascendencia y realidad de las ideas, el método filosófico, la naturaleza del hombre y otros. Como puede apreciarse se hallan en estrecha correlación con los temas presentados en el Estudio Preliminar.

De este modo, la obra del profesor Rodolfo M. Agoglia representa un nuevo aporte para quienes aún creen que en Platón resta mucho de estudio serio y crítico en lo que respecta a un conocimiento exhaustivo de su persona y de su obra.

Marcelo A. Villanueva.